

en favor de la misma, pero se negó a comprometerse más por ese peligroso camino.

Sólo celebraba misa los días de precepto o en las fiestas de los santos patronos o hijos de Barcelona o de Valencia. En cambio rezaba el rosario todos los días con su familia.

Su popularidad se puso de manifiesto cuando en 1773 logró calmar el motín de las quintas. El gobierno, manipulado por Campomanes, considerándolo demasiado peligroso, le obligó a dimitir o a aceptar la iglesia de Málaga. El rechazó la mitra malagueña. Su forzada renuncia produjo una gran conmoción popular, que estuvo a punto de degenerar en un segundo motín. Su oración fúnebre corrió a cargo del famoso Félix Amat. Su influjo en Barcelona duró varias décadas. La llamada «escuela climentina» dio figuras claves en el futuro renacimiento cultural y eclesial de Cataluña. ¿Fue un pensador original? Esta cuestión no la vemos planteada.

Estas son algunas de las muchas ideas expuestas en el presente libro. Su autor ha realizado un extraordinario esfuerzo de investigación, pero en su presentación al público no ha estado del todo afortunado. Comenzando por el subtítulo, no vemos lo que hay de *tarraconense* en la pastoral de Climent, ni comprendemos por qué la tercera parte de la obra se dedica a las *ideas*, siendo así que las ideas aparecen igualmente en las otras partes. Las notas son a veces tan largas y más que el texto. Se observan frecuentes repeticiones, erratas e incorrecciones gramaticales y redaccionales. Otros libros carecen de índices: éste tiene demasiados, con lo que, en lugar de facilitar su consulta, la entorpece. Estas pequeñeces no restan mérito al presente libro, uno de los más esclarecedores de la vida de la Iglesia en España en el siglo XVIII.

JOSÉ GOÑI GAZTAMBIDE

Owen CHADWICK, *Catholicism and History. The opening of the Vatican Archives. The Herbert Hensley Henson Lectures in the University of Oxford*, 1976, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, 174 pp., 14 × 22.

Quizá parezca demasiado genérico el título *Catholicism and History*. En realidad el tema desarrollado en el presente libro es más concreto: La actitud de la Santa Sede en el siglo XIX ante los deseos de los historiadores de consultar el Archivo Secreto Pontificio, que culmina en la apertura del mismo. El subtítulo cuadra mejor con el contenido.

En un primer capítulo introductorio, comienza exponiendo brevemente los orígenes del Archivo Vaticano y de la Biblioteca Vaticana, su desarrollo y sus relaciones mutuas. De común acuerdo —dice—, los gobiernos

restringen el acceso a sus papeles. Al menos por un cierto tiempo, la razón de Estado exige que los historiadores no puedan consultarlos. En el pasado esta norma se observó con rigor tanto por las monarquías europeas como por la Santa Sede. El Vaticano poseía un famoso archivo, que interesaba a la historia de Europa durante más de mil años, pero permanecía inaccesible. Sólo algunos privilegiados miembros de la Curia lo consultaban ordinariamente por razón de su oficio y sólo rara vez fue utilizado con fines históricos. Oderico Raynaldi se sirvió del Archivo Vaticano para continuar los *Anales* de Baronio y Pallavicini para escribir la *Historia del concilio de Trento*. Por otra parte, carecía de índices y catálogos. Benedicto XIV encargó a Giuseppe Garampi que remediase esta laguna. La tarea era tan amplia e imposible —dijo Garampi al Papa— que no era extraño si los archiveros se abstendían de emprender una obra que nunca podrían terminar. «Para hacer un catálogo se necesita un centenar de hombres que trabajen duro». Garampi se propuso componer una historia completa de todos los obispados con el título de *Orbis Christianus*, que debía constar de 22 volúmenes. Naturalmente no pudo terminarla. Pero las fichas que él y sus colaboradores dejaron, recogidas y pegadas en 124 volúmenes, constituyen todavía el índice más vasto para la consulta del Archivo Vaticano.

La empresa de catalogar los documentos del Archivo Vaticano se volvió más difícil con el traslado de los archivos de la Santa Sede a París. Con esto entramos en el segundo de los siete capítulos del presente libro. Napoleón se imaginó que su imperio iba a durar para siempre. Como una parte de su sueño, quiso organizar la historia y el arte de Europa, coleccionando las pinturas más bellas en el Louvre, los manuscritos más preciosos en la Biblioteca Nacional y los archivos de las capitales europeas en un archivo central que debía erigirse en Reims o en París. Creyendo realizable su sueño, cursó órdenes a sus gobernadores. El 18 de diciembre de 1809 el jefe francés en Roma recibió orden de enviar a Francia todos los archivos del Papa, que se hallaba prisionero de Napoleón. En el transcurso de un año (febrero de 1810 a febrero de 1811, más un convoy en 1813) fueron llegando a París 3.239 carros, llenos de documentos. Se calcula que el número de registros o de paquetes se elevaba a 102.335. En el camino sufrieron algunas pérdidas, muchas menos que en París y en el viaje de vuelta. En octubre de 1814, tras la derrota de Napoleón, los documentos comenzaron el viaje de regreso. En el trasiego se perdió casi una tercera parte de los archivos romanos. En París fueron robados documentos importantes, como el proceso de la supresión de los templarios, las cartas de Bossuet, el volumen que contenía el breve de reducción de Talleyrand al estado laical y el proceso de Galileo. Además se vendieron muchos documentos del Santo Oficio, previamente inutilizados, con el objeto de obtener fondos para los gastos de transporte del Archivo Vaticano de París a Roma. Algunos registros fueron a parar a la Biblioteca Nacional de París y otros a la biblioteca del Trinity College, de Dublín. Los documentos que volvieron a Roma, no recuperaron su antiguo orden hasta el año 1883 ó 1890.

La mudanza de los archivos a París y su retorno atrajo la atención del mundo sabio sobre la importancia histórica del Archivo Secreto Ponti-

ficio. Hacia 1820 la Europa sabia era más consciente del tesoro de documentos históricos guardados en Roma. Los historiadores comenzaron a agolparse a las puertas de todo archivo importante, de Simancas a San Petersburgo. Berlín fue la primera en organizar un servicio que satisfizo a los investigadores. Otras capitales se movieron más lentamente. Si Roma se mostró reservada, no fue una excepción. Pero los historiadores creían que con la documentación vaticana se podría iluminar mucho más la historia de cada nación.

El primero en conseguir permiso para obtener copias de los documentos pontificios fue el protestante prusiano G. H. Pertz, el fundador de la conocida colección *Monumenta Germaniae Historica* (noviembre de 1822). Nuestro autor considera esta fecha de importancia capital en la historia del descubrimiento de la verdad histórica. «Otras naciones siguieron el ejemplo de Prusia. La Curia Romana descubrió ventajas en lo que estaba sucediendo. Desde la Contrarreforma la ciudad de Roma no había sido ya una clave de la política de Europa. En compensación los papas del siglo XVIII hicieron de la ciudad el centro del arte europeo y de la arqueología. Ahora la Curia comprendió que era también un centro de la ciencia europea en una época en que la ciencia llegó a ser poderosa» (p. 23). El autor expone las vicisitudes del proceso de Galileo, que pasó parcialmente de París a Viena y que no fue entregado al Archivo Vaticano hasta el año 1850. En este mismo año lo publicó Mariano Marini, prefecto del Archivo Secreto Pontificio, pero su edición no satisfizo a nadie, como tampoco otras ediciones suyas. Se sospechaba que eran incompletas y esto no por omisión inadvertida. Durante cerca de medio siglo, Mons. Marino Marini cuidó del Archivo Vaticano. Su importante servicio consistió en la recuperación de los documentos en París a la caída de Napoleón. Luego, a pesar de disponer de una plantilla irrisoria, suministró copias de documentos relativos a varios países.

Si en este segundo capítulo *El proceso de Galileo: Marino Marini*, no se habla mucho de Galileo, en el tercero *El proceso de Galileo: Theiner*, se habla todavía menos. El objeto central de este capítulo y del siguiente *Las actas del concilio de Trento* es la extraña personalidad de Agustín Theiner. Nacido en Breslau, era el primer prefecto no italiano del Archivo Vaticano. Cuando en 1855 tomó posesión tenía una reputación europea, debido a su libro *La historia de mi conversión* (1833) y a sus publicaciones científicas. En un principio se opuso a que se permitiese consultar el proceso original de Galileo. Luego se mostró más abierto con el fin de que se desvaneciera la campaña orquestada contra la Santa Sede sobre el caso de Galileo.

Marini dio a conocer a Europa la importancia del Archivo Vaticano sin satisfacer el hambre de los historiadores. Theiner la satisfizo parcialmente y con eso los dejó más hambrientos (p. 69). En 1870 Theiner cayó en desgracia por faltar al juramento prestado en la toma de posesión. Se empeñó en publicar las actas del Concilio de Trento sin permiso del Papa y, según se dijo, facilitó documentos a la minoría del Concilio Vaticano I, opuesta a la definición de la infalibilidad pontificia.

Con el capítulo V, *La apertura de los archivos*, tocamos el punto cul-

minante del libro. Nuestro autor habla extensamente del *Liber diurnus*, de Acton, de Stevenson, de los archiveros de aquel tiempo, de la elevación al trono pontificio de León XIII, quien hizo cardenal al historiador José Hergenröther y luego lo puso al frente del Archivo Vaticano. Pero nos dice poco de las causas y de las personas que movieron a León XIII al cambio radical de política. Piensa él que el memorial de Pastor influyó menos de lo que se imaginó su autor. Los investigadores alemanes —según Lajos Pasztor—, reunidos en torno al *Monumenta Germaniae Historica*, fueron los que más interés, y también más impaciencia mostraron, de poder utilizar la documentación vaticana. Todos los expertos repetían el dicho de Pertz: «Quiera el cielo que todos se persuadan de que la mejor defensa del papado es el desvelamiento de su ser». Otro protestante G. F. Böhmer repetía con frecuencia que ningún Estado podía con tanta seguridad presentar a todo el mundo su historia como la Santa Sede. Además apelaba a su pasada liberalidad en el comunicar los documentos del archivo, especialmente en los siglos XVI y XVII, en los cuales, según Böhmer, «ninguna otra corte publicó con más abundancia y menos reserva sus archivos».

León XIII tuvo que vencer la resistencia de muchos espíritus timoratos que temían que escritores mal intencionados aprovecharan las facilidades que se les iban a dar para atacar a la Iglesia. Aludiendo a ellos el pontífice decía sonriendo: «Son cabezas ligeras. La Iglesia no ha de temer nada de la verdad». Esta es la idea central de la carta *Saepenumero considerantes* (1883), dirigida por León XIII a los cardenales Pitra, De Lucca y Hergenröther, en la que expone la necesidad de impulsar los estudios históricos, para que se viesan los insignes beneficios que Italia y la cultura debieron siempre al pontificado romano.

Un historiador protestante y otro católico vinieron pronto a darle la razón. Teodoro Sickel estaba trabajando sobre el documento conocido como *Privilegium Ottonis*, en el cual el emperador Otón el Grande hacía grandes concesiones territoriales a la Santa Sede (año 962). Este documento era combatido a menudo como una falsificación papal. Sickel, autorizado desde 1881 a trabajar en el Archivo Vaticano y a ver el documento original, se convenció de que era auténtico y publicó esta conclusión a todo el mundo (1883). Así un protestante demolía la propaganda anticatólica, gracias a que había tenido la posibilidad de consultar el *Privilegium Ottonis* y otros documentos contemporáneos (p. 92).

Tres años después Ludovico Pastor publicó el primer volumen de su monumental *Historia de los papas*. En él presentaba al papado como el centro del Renacimiento italiano. Cuando León XIII lo leyó, vio confirmadas sus intuiciones y felicitó a su autor. La *Historia de los papas*, de Pastor, era la réplica católica a la *Historia de los papas*, de Leopoldo Ranke. El maestro de Pastor, Juan Janssen, decía de Ranke que a pocos papas hacía grandes y que a los grandes papas los hacía pequeños. La crítica protestante acogió los dos primeros volúmenes de la obra de Pastor con desprecio. No consideraban a su autor como un auténtico historiador, sino como un apologista. La cosa cambió repentinamente con la aparición en 1895 del volumen III sobre Alejandro VI.

En este capítulo VI, que se intitula *El papa Borgia*, el autor aporta

interesantes noticias sobre la personalidad de Pastor y la naturaleza de sus Diarios. Después se ocupa del padre Denifle y de otros archiveros posteriores hasta Angelo Mercati.

El libro termina con un breve epílogo, las notas, una selecta bibliografía y un índice. El autor ha reunido un material inmenso y ha tenido la habilidad de condensarlo en pocas páginas, que se leen con vivo interés. Se echa de menos un estudio a fondo sobre lo que representó para la ciencia histórica la apertura del Archivo Vaticano. En el libro se encuentran algunas indicaciones, pero saben a poco. El tema merecía más. Particularmente interesantes resultan las biografías de personajes, como Marini, Theiner, Pastor, Denifle, Balan, Wenzel y otros.

JOSÉ GOÑI GAZTAMBIDE

Alberto PACHO POLVORINOS, *Del Antiguo Régimen a la España moderna. Manuel Traggia (de Santo Tomás), OCD, protagonista e intérprete del tránsito*, Burgos, ed. Aldecoa («Publicaciones de la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos», n. 43), 1979, 617 pp., 18 × 25.

El presente volumen traza la vida y pensamiento de un protagonista particular de la transición del Antiguo Régimen a la sociedad moderna del XIX en España: el P. Manuel de Santo Tomás, conocido también por P. Traggia según su apellido. Esta precisión es importante porque el título de la obra puede inducir a error. No tenemos entre manos un estudio de la transición como tal, sino de un hombre que participó en la transición. Por eso —permítasenos esta temprana observación—, sería más adecuado que el título del libro fuera el que aparece como subtítulo, y viceversa. De esta forma quedaría acotado el terreno a un ámbito más concreto, que es el que verdaderamente la obra estudia. El libro de Pacho quiere responder a la pregunta por la vida y obras del P. Traggia y, sólo en cuanto es imprescindible, introducirse en el difícil período histórico de la transición.

Lo anteriormente afirmado no es obstáculo para decir que si interesa la figura de Traggia es por el momento en el que vivió, y por el modo como intervino en los acontecimientos de su época. Fue el siglo XIX un tiempo de enorme efervescencia social, cultural y religiosa, en el que aparecieron nuevos problemas que no tuvieron respuestas; en el que no era infrecuente la confusión de principios y de tareas y en el que, finalmente, la sociedad prosiguió un camino hacia su progresiva secularización. En este conjunto de fuerzas el carmelita se propuso el papel de apologeta. El P. Manuel de Santo Tomás era un celoso defensor de los derechos de la fe, que vertebró su vida y sus escritos sobre un interés apologetico. No fue un hombre «político», que participara directamente en la coyuntura del momento: si bien se pronunció sobre aspectos concretos